

TEORIZACIONES SOBRE MOVIMIENTOS SOCIALES

Jorge Alonso

Artículo publicado en el libro "Movimientos Sociales. Desafíos teóricos y metodológicos". Jorge Durand Arp-Niesen (compilador). Ediciones de la Universidad de Guadalajara. México, 1999. Páginas 9-42.

Las ciencias sociales se ha propuesto dar cuenta de los por qué y los cómo de las actuaciones colectivas de los hombres. Hay muchas conceptualizaciones y polémicas en torno a la definición de los movimientos sociales. En los esfuerzos por teorizarlos se pueden identificar dos grandes tendencias: la que privilegia los sistemas sociales, por un lado, y la que destaca los sujetos sociales, por otro. Juan Manuel Ramírez ya ha sistematizado los campos particulares de análisis de la acción colectiva según las diferentes corrientes generales de las ciencias sociales. En este escrito intenta incursionar en las teorizaciones ya realizadas y destacando aportaciones de diversos autores.

VERTIENTES PARSONIANAS

La clásica visión de las masas (Le Bon, Trade, Freud) parecía obsesionada en la acción sin actores. T. Parsons intentó combinar sistemas y actores. Smelser distinguió varios tipos de conducta colectiva. La más alta forma de acción colectiva la vio inserta en movimientos valorativamente orientados que se proponían restaurar, modificar o crear valores en nombre de creencias generalizadas. Su acercamiento a los movimientos fue por medio de una teoría de orientación de valores. Esta corriente privilegiaba el sistema social al cual se atribuía la producción de la acción colectiva. Surgió el modelo de proceso político, que presupone que un movimiento social es un fenómeno que concierne a la pugna entre grupos e intereses antagonistas. Se ha señalado que la solidaridad deviene en fuerza generadora de movimientos sociales. Estos no se desarrollan de manera repentina; son el resultado de acontecimientos y orientaciones. El elemento de la organización es clave. A pesar de que la acción puede explicarse por las motivaciones y creencias de los actores, hay ocasiones en que aquélla no se ajusta de modo necesario a tal paradigma debido a motivaciones inconscientes. Lo nuevo que se ha ido generando tiene que ver con reapropiaciones colectivas de áreas de vida institucionalmente reprimidas. Tilly sostiene que un movimiento social no es un grupo, ni un cuasigrupo, tampoco un comportamiento parecido a un grupo; es una forma compleja de acción, que consiste en un reto público ininterrumpido, librado en contra de los que ejercen el poder a nombre de una población.

TENSIÓN SISTEMA-ACTOR

Luhmann fue influido por Parsons, pero su elaboración teórica incursiona en otros territorios. Se ha opuesto a la teoría de la acción alegando que no se refiere a un estado de cosas socialmente constituido. Destaca que al hombre habría que

considerarlo como parte del entorno y no del sistema social. Considera que quienes analizan lo social a través del sujeto no logran un adecuado estudio de la sociedad contemporánea. Por su parte, Crozier y Friedberg sostienen que el actor precisamente da vida y puede cambiarlo. Para ellos, la acción colectiva no es un fenómeno natural, sino una construcción social. El cambio social debe considerarse desde el punto de vista de que los hombres cambian, y no de forma pasiva, sino que lo hacen dentro de una colectividad. Pero para que sobrevenga un cambio se requiere que se transforme el sistema de acción.

PERSPECTIVAS CRITICAS

Los filósofos de la escuela de Francfort llamaron la atención sobre el hecho de que no concordaban mecánicamente individuos y sociedad. Ante la emergencia del nazismo, destacaron que los movimientos de masas tenían condiciones objetivas. Continuator del espíritu crítico de esa escuela, Habermas ha expuesto que la sociedad es un mundo de vida estructurado de manera simbólica. En oposición al funcionalismo sistémico de Luhmann, ha subrayado que las acciones (o las no acciones, según el caso) tienen consecuencias en el todo social no previstas y que a veces son catastróficas. Ha distinguido la acción instrumental, la estratégica u la comunicativa. La primera puede entenderse como seguimiento de reglas técnicas desde el punto de vista de la eficacia; la segunda, cuando tienen como referente un oponente; y la tercera, cuando las interacciones sociales no quedan coordinadas mediante cálculos egocéntricos del propio éxito, sino con operaciones cooperativas de interpretación de los agentes. La producción de un acuerdo es condición para que cada participante en la interacción puede proseguir sus propios planes de acción. Así, concede el primado a la teoría de la acción sobre la de sistemas. Critica el funcionalismo sistémico porque éste sustituye la autorreferencialidad del sujeto por la del sistema. Anota que los movimientos sociales reciben su fuerza de tracción de la amenaza a que se ven expuestas identidades colectivas bien acunadas.

LA CONSTRUCCIÓN TOURENIANA

Uno de los autores que más han contribuido a la teorización de los movimientos sociales ha sido Alain Touraine. Aunque ha mantenido sus planteamientos fundamentales, como todo actor tuvo un proceso y cambios internos en su forma de acercarse a los movimientos sociales. Dado que se trata de un político investigador, se hará un recorrido por sus obras más destacadas.

A finales de los sesenta, había planteado que los movimientos sociales eran esa acción conflictiva de agentes de clases sociales que luchaban por el control de un sistema de acción histórico. Precisó que aquellos eran una acción colectiva en la que intervenían tres elementos combinados: la identidad, la oposición y la totalidad, que se inscribía en la lucha por la dirección de la sociedad.

Con su innovación metodológica de la intervención sociológica, Touraine investigó la lucha estudiantil y se preguntó si tenía la capacidad de combatir a

nombre de objetivos generales en contra de la dominación social para que pudiera ser catalogada como movimiento social. Destacó que un movimiento requería la pertenencia a un conjunto social, un adversario y un proyecto propio, que debía ocupar un lugar central en la sociedad, pues tenía que ver con conflictos generales y centrales para la sociedad. Siguiendo estos lineamientos, investigó a ecologistas. Señaló que se dibujaba un nuevo movimiento social inscrito en áreas que no eran ni del trabajo ni del consumo. Indagó sobre la centralidad de los conflictos ecologistas, e insistió en que un movimiento social se definía como actor de conflicto social conducido por fuerzas de clase para la dirección de la historicidad (es decir, según modelos de conducta a partir de los cuales una sociedad produce sus prácticas). Definió que no podía haber sino un movimiento social tenía que ver con una acción social organizada, entablada contra un adversario social pro la gestión de los medios a través de los cuales una sociedad actúa sobre sí misma y sobre sus relaciones con su entorno, cuando un actor colectivo se oponía en términos sociales a un adversario, y cuando ambos trataban de dirigir o apropiarse de recursos culturales considerados de gran importancia. Con su equipo de intervención sociológica, estudió el sindicato polaco Solidaridad.

Con estas investigaciones como sustento, Touraine realizó una recapitulación de su sociología de la acción, en la que redefinió nociones básicas como historicidad, movimiento social y sujeto. Aclaró que sujeto era el nombre del actor cuando se situaba al nivel de la historicidad, de la producción de grandes orientaciones normativas de la vida social. La historicidad no se reducía a un conjunto de valores; representaba una serie de orientaciones culturales mediante las cuales las prácticas sociales eran construidas. Planteó que su teorización se oponía tanto a la idea parsoniana de una sociedad organizada alrededor de valores especificados en normas sociales y encarnados en organizaciones, status y roles, como a la visión de una vida social dividida en dos mundos separados por completo correspondientes a dos clases sociales, según la visión marxista. Las orientaciones culturales no eran principios, sino revestimientos cognoscitivos transformados en prácticas a través de conflictos. Los movimientos sociales hacían aparecer las relaciones sociales, revelaban las instituciones y formas de organización social.

Este autor distinguió lo que se podía denominar conductas colectivas de lo que eran luchas, y de lo que constituían propiamente los movimientos sociales. Las primeras eran acciones conflictivas de defensa; las segundas tenían la capacidad de modificar decisiones; los terceros se daban cuando las acciones conflictivas transformaban las relaciones de dominación social que se ejercían sobre las principales fuentes culturales. Un mismo conflicto podía revelar uno, dos o los tres tipos. Así, los movimientos sociales no eran una respuesta a una situación social; eran una lucha por el control de modelos culturales. Se trataba de un conflicto que podía desembocar en una ruptura del sistema. Insistió, entonces, que en lugar de hablar de clase social habría que hacerlo en términos de movimiento social. Estas reflexiones las elaboraba cuando en Francia se había dado un reflujo de los movimientos sociales. Y realizó una autocrítica por haberle dado una gran importancia a aquello que denominó nuevos movimientos sociales. Mostró cómo ninguna de las luchas que se daban en ese período podían designarse como el conflicto central en torno al cual se podían aglutinar todas las demás. Prosiguió con sus intervenciones sociológicas. Y constató la declinación del movimiento obrero. Para el caso de sociedades no desarrolladas como las latinoamericanas, constató la debilidad de actores sociales. Propuso definir al actor por las relaciones sociales en las cuales participaba. Planteó que en América Latina había ausencia de actores sociales puros, que había una subordinación de los actores sociales a los de

carácter político y a la dinámica estatal, lo cual se traducían en una grave limitación para su capacidad de acción autónoma. Lapidariamente, sentenció que América Latina era un continente de actores sin acción.

No abandonó la costumbre de realizar con periodicidad síntesis teóricas. Propuso que el sujeto era la voluntad de un individuo de actuar y ser reconocido como actor. Volvió a recalcar que la idea de actor social no era separable de la del sujeto, que un movimiento social era a la vez un conflicto social y un proyecto cultural, y que la idea de movimiento social se oponía a la concepción historicista y a la utilitarista de la acción colectiva. Le parecía imposible renunciar a la idea de sujeto que apelaba a la libertad, a la creatividad. El sujeto es la construcción del individuo y del grupo como actor. En la primera mitad de la década de los noventa, señaló que movimientos sociales y democracia deberían ser indisolubles; que los primeros descansaban siempre en la liberación de un actor social y no sobre la creación de una sociedad ideal. El sujeto tenía que ver con la resistencia a la dominación. A su vez, la democracia no podía ser sino la defensa del sujeto.

Touraine señala que hay un desfase entre lo objetivo y lo subjetivo, entre la situación y los actores. Considera que Habermas rechaza una sociología del sujeto y que se inclina por una de la intercomprensión. Se opone tanto al racionalismo iluminista como al comunitarismo integrista. Muestra desconfianza de movilizaciones colectivas impulsadas por poderes autoritarios. Se cuestiona si a finales del siglo XX se ha entrado en una etapa que se podría calificar de pos-social, cuando las relaciones entre individuos y grupos no van a estar reguladas sino por el mercado, la segregación, la violencia o la ausencia de toda institucionalización. Llama la atención sobre el hecho de que el movimiento de mujeres ha impuesto la unión del valor universal de un derecho y de la particularidad de un actor definido social y culturalmente. Mantiene su concepción de movimiento social como conflicto central conducido por un grupo que se afirma como sujeto en contra de un adversario considerado a la vez como obstáculo a ese esfuerzo e incapaz de comportarse él mismo como sujeto, conflicto que debe permitir entrar a una sociedad donde todos se reconozcan mutuamente como sujetos.

A mediados de los noventa, constata lo que ya vislumbraba diez años antes: los que llamó nuevos movimientos sociales se fueron apagando poco a poco (los de género, los ecologistas...). A finales de siglo lo que existe es un esfuerzo por entender un mundo fragmentado. Al tema de la racionalización lo ha sustituido el de la diversidad. La globalización ha acentuado una dualización mundial. Mantiene su concepción de que no se puede hablar de movimientos sociales sin referirse a transformaciones, que el movimiento social tiene que ver con una dimensión dialéctica, que alude a conflictos que ponen en cuestión el uso social de orientaciones culturales básicas. Los movimientos sociales defienden valores y van por parejas. Recalca que no existen movimientos sociales puros, y que la acción colectiva del nivel más alto es el movimiento social. Ha llamado la atención sobre la necesidad de que el observador dé prioridad a uno de los elementos de análisis. Propone tres estrategias posibles para el análisis y la acción: la primera da prioridad a la globalización de la economía; la segunda, a la democratización (y más precisamente a la construcción de un sistema representativo), y la tercera tiene que ver con la búsqueda de los movimientos sociales que escapen por igual al aislamiento de la guerrilla de tipo colombiano y a la heteronomía frente a dirigentes

políticos. Insiste en la conveniencia de la construcción de un sistema democrático, el cual no puede existir sin la transformación de los excluidos.

El tema del sujeto ha preocupado hondamente a Touraine. El sujeto es para él el deseo de construcción de una vida verdaderamente individual, pero que esto no se hace en el aislamiento, sino luchando en contra de la dominación de los mercados y de los poderes comunitarios, reconociendo al otro el derecho de ser sujeto. Destaca que en la actual sociedad mundializada, los elementos globalizadores no están ligados a una organización social particular. No obstante ese proceso mundializador, se multiplican grupos identitarios. Hay un doble movimiento: el de globalización y el de privatización que debilita las viejas formas de vida social y política. Por una parte, la fragmentación de identidades culturales. Touraine llama sujeto al esfuerzo del individuo por ser un actor. El sujeto no tiene otro contenido sino la producción de sí mismo. Es una afirmación de libertad. Su invocación es la única fuente posible de movimientos sociales que se oponen a los directores de la economía y a los dictadores comunitarios. Para Touraine, la idea de sujeto se liga a la de movimiento social. No hay movimiento social posible fuera de la voluntad de liberación del sujeto. Aclara que éste no es una reflexión del individuo sobre sí mismo, sino una acción. La idea de sujeto está sobre todo presente en todo lugar donde se manifiesta una acción colectiva de construcción de un espacio, a la vez social, político y moral, de la producción de la experiencia individual y colectiva. El actor social es portador de sujeto en sus relaciones interpersonales, las relaciones sociales, así como en las formas de acción colectiva. El sujeto no es otra cosa que la resistencia, la voluntad y la felicidad del individuo que defiende y afirma su individualidad contra las leyes del mercado y de la comunidad. La idea de sujeto vuelve posible la de actor social. Las relaciones entre sujetos no son relaciones sociales ordinarias. Reposan sobre un principio de relación que no es la pertenencia a la misma cultura y sociedad, sino en el esfuerzo común por constituirse en sujetos. Sin ese reconocimiento del otro, el paso del sujeto a actor social sería imposible. El sujeto se forma imponiendo a la sociedad instrumentalizada y tecnificada principios de organización y de límites conforme a su deseo de libertad y a su voluntad de crear las formas de vida social favorables a la afirmación de sí mismo y al reconocimiento del otro como sujeto. La identidad del sujeto se construye por la complementariedad del deseo personal de salvaguardar la unidad de la personalidad (tensionada entre el mundo instrumental y el comunitario), la lucha colectiva y personal en contra de los poderes que transforman la cultura en comunidad y el trabajo en mercancía, y el reconocimiento interpersonal también institucional del otro como sujeto. El sujeto no se construye en la relación inmediata del yo al yo. Existe en el combate con fuerzas del mercado o de la comunidad. Es una fuerza de liberación. Así se coloca entre el universo de la instrumentalidad y el de la identidad como principio de reconstrucción de la experiencia social. Es el esfuerzo de reconstrucción de una unidad entre el trabajo y la cultura contra las presiones del mercado y las comunidades.

La idea de movimiento social demuestra la existencia al corazón de cada tipo societal de un conflicto central. Aunque muchos nieguen la posibilidad de existencia de uno de esta naturaleza, Touraine considera que sí se da. El conflicto central es el que conduce un sujeto en lucha, por una parte, en contra del triunfo del mercado y de las técnicas y, por otra, en contra de los poderes comunitarios autoritarios. Precisa que si se llama movimiento social a cada tipo de acción colectiva se hace imposible teorizar. Esta noción no es útil si no permite poner en evidencia un tipo muy particular de acción colectiva, que es aquel por el cual una categoría social, particular, pone en cuestión una forma de dominación social (a la

vez particular y general) y llama en contra de ella valores y orientaciones generales de la sociedad que ella comparte con su adversario para privarlo de legitimidad. El movimiento social es más que un grupo de intereses o un instrumento de presión política. Pone en cuestión el modo de utilización social de recursos y de modelos culturales. Touraine introduce un nuevo concepto: movimiento societal. Aclara que éste en el pasado ha encarado un proyecto de reconstrucción radical de la sociedad y una figura de sujeto, mientras que en el presente es un movimiento moral. Un movimiento societal es un conjunto cambiante de debates, de tensiones entre los de base y los dirigentes. Los movimientos societales combinan un conflicto propiamente social con un proyecto cultural, que siempre está definido en referencia a un sujeto. Este aparece bajo una forma religiosa, política, de clase o de nación. Pero en nuestra sociedad actual el sujeto no puede parecer sino como sujeto personal. No obstante, en todas las sociedades éste se revela por la presencia de valores morales opuestos al orden social. El movimiento societal aboga por un modo de empleo social de valores morales en oposición a los que defiende y trata de imponer su adversario social. Referencias morales y conciencia de un conflicto con un adversario social son las dos caras inseparables del movimiento societal. Esto no debe confundirse con el discurso de las reivindicaciones. El discurso del movimiento societal habla de libertad, de proyecto de vida, de respeto a los derechos fundamentales que no pueden reducirse a puntos materiales o políticos. La idea de movimiento societal relaciona el llamado al sujeto a la lucha contra un adversario social.

La idea de sujeto social y de movimiento social busca restablecer un lazo entre el mundo de los medios y el de los fines, entre la racionalidad instrumental y las creencias, entre el mercado y las comunidades. Los que participan en un movimiento societal quieren poner fin a lo intolerable a través de una acción colectiva. Hay dos vertientes: una ideológica, que se concreta en la lucha contra el adversario social, y la utópica, que se identifica con los derechos del sujeto. Los nuevos movimientos societales se orientan más a su defensa. Pero hay que hacer otra precisión. No toda lucha social lleva en ella un movimiento societal. No obstante, hay que buscar en las luchas sociales la presencia de un movimiento societal: ese proyecto cultural asociado a un conflicto social.

Touraine insiste en que el movimiento societal se caracteriza por el hecho de que una categoría de actores entre en conflicto con un adversario con vistas a la gestión de los principales medios de acción de la sociedad sobre sí misma. Últimamente, hay más bien movimientos culturales: acciones colectivas que tienden a defender o transformar una figura de sujeto. Los nuevos movimientos movilizan categorías que no son definidas socialmente, sino por una actividad. Los movimientos culturales y los históricos se combaten con frecuencia. Los movimientos sociales como los históricos y culturales pueden convertirse en antimovimientos sociales. Esto se da sobre todo cuando la defensa de la identidad se separa de la matriz de la producción. Los antimovimientos sociales siempre están dominados por un poder político centrado en una personalidad, etnia o grupo.

Por otra parte, movimientos sociales actuales y democracia no pueden existir uno sin el otro. Este lazo ha tomado formas diferentes en las sociedades posmodernas y en la situación actual que está dominada por la autonomía de la economía mundializada. La democracia ha sido vivida como una liberación tanto de la explotación económica como de la dominación social. La libertad del sujeto es el

principio central sobre el que descansa la democracia. Los movimientos sociales han sido los principales agentes de las reformas democráticas. La política del sujeto es lo que define la democracia actual: reconocimiento de la diversidad cultural y rechazo a la exclusión.

La defensa del sujeto exige protecciones institucionales y movilización colectiva. Ninguna acción democrática puede existir si no es exigida por un actor social. Los movimientos sociales se sitúan en los fines sociales y culturales. El análisis de los movimientos sociales muestra que, al mismo tiempo que son conflictivos, llaman a valores culturales superiores al conflicto social. Los movimientos sociales de la sociedad industrial decaen, mientras que los de sociedades de base modernizadas están en construcción. Los movimientos culturales contribuyen a la construcción de una nueva cultura política (movimientos de mujeres, defensa de minorías, lucha contra integrismos, rechazo a la exclusión social). Los partidos políticos se han transformado en agencias electorales y no representan a los movimientos sociales, no se hacen defensores de un proyecto de sociedad. Hay dos luchas complementarias: contra el poder absoluto de los mercados y contra la dictadura de las comunidades. Hay que preguntarse por las fuerzas que puedan engendrar nuevos movimientos sociales que den objetivos de solidaridad, diversidad, animación de una política del sujeto. Touraine considera que los principales actores políticos del futuro próximo no serán ni los trabajadores ni los ciudadanos, sino individuos o grupos que tratarán de combinar una experiencia cultural privada con la participación en el universo de la acción instrumental. No se trata de categorías sociales objetivamente definidas. Los jóvenes, las mujeres, los inmigrantes, los miembros de minorías, los defensores del entorno son los actores más manifiestos. Estos se esfuerzan más consecuentemente por actuar y ser reconocidos como sujetos.

Los movimientos sociales culturales son hoy más democráticos en su orientación principal porque nos llaman a vivir juntos con nuestras diferencias, animados por un deseo de ser sujetos. Hemos salido de un período donde los movimientos sociales se definían sobre todo por lo que combatían (anticapitalistas, anticolonialistas, antimachistas...). Hoy no se pueden constituir sino a partir de una propuesta positiva: la libertad de una existencia responsable y benéfica. No identificamos fácilmente a los grupos que dirigen el mundo, pero sí percibimos la exclusión, la miseria, el hambre. Las acciones colectivas están menos armadas de análisis económicos que de convicciones morales. Los movimientos sociales buscan la libertad y la justicia y no el poder. Una de las razones por las cuales la acción colectiva no se organiza y el deseo de subjetivización no se transforma en un movimiento social y en una acción política, es que el campo político está todavía ocupado por los representantes de los viejos movimientos sociales en vías de desaparición. Los partidos y los sindicatos ligados a grandes conflictos de la sociedad industrial (sean de derecha o de izquierda) se han convertido en agentes de gestión de cambios impuestos por las transformaciones de la economía mundial. Para que se formen nuevos actores sociales hace falta que se reconozca la existencia de un nuevo tipo de sociedad.

La ideología dominante hoy representa al mundo como un conjunto de flujos incontrolables, en permanente transformación, lo que lleva a juzgar imposible la integración de nuevos movimientos sociales o cualquier acción reformadora. La acción colectiva reposa, al contrario, sobre la voluntad de cada individuo, grupo o

nación, de actuar sobre los hechos económicos, de construir y transformar su identidad e integración y de defender un ideal de solidaridad. Se puede considerar que estos últimos aportes son los más novedosos y retadores.

LOS APORTES DE MELUCCI

Un discípulo de Touraine, Alberto Melucci, ha ensayado vías propias de acceso a los movimientos sociales. A mediados de los setenta resaltaba los movimientos sociales de clase, aunque llamaba la atención acerca de nuevas acciones colectivas en torno a la vejez, la enfermedad, en defensa de la naturaleza. Como su maestro, exhortaba a no confundir los movimientos sociales con otras acciones colectivas. Definía a los primeros como una acción colectiva conflictiva en la medida que implicaba la lucha de dos adversarios en la que cada uno se caracterizaba por una solidaridad específica y se oponía al otro por la apropiación y destino de los recursos y valores sociales. Anotaba que para que una acción colectiva pasara a ser movimiento social se requería que el comportamiento de los actores quebrara las normas institucionalizadas en roles sociales y desbordara las reglas del sistema político.

Pos sus investigaciones de la década de los ochenta, constató que la acción colectiva se había ido separando cada vez más de la forma política común a los movimientos de oposición tradicional y que se encaminaba en los países altamente industrializados hacia el campo cultural. Contrastó sus descubrimientos con los de su maestro, y precisó que tanto Touraine como Habermas, basados en enfoques sistémicos, habían tratado de establecer un vínculo entre las nuevas formas de conflicto y la estructura del capitalismo postindustrial.

Melucci destacó que los análisis tenían que concentrarse más en las relaciones sistémicas que en la lógica de los actores. Su definición de movimientos resaltaba que no eran cosas, sino sistemas de acción que operaban en un campo sistémico de posibilidades y límites en una conjugación de orientaciones y significados plurales. Se adhería a los postulados que sostenían que los movimientos tenían que ser estudiados como construcciones sociales. Proseguía con la visión de que eran una forma de acción colectiva basada en la solidaridad que mantenía un conflicto y que rompía con los límites del sistema en el que ocurría la acción. La distinción clara del movimiento era respecto a las protestas. Insistía en que los conflictos sociales se desplazaban del sistema tradicional económico-industrial hacia los campos culturales. Y a los fenómenos novedosos que estaban emergiendo prefería llamarlos áreas o redes de movimiento. Estas permitían afiliaciones múltiples y militancias parciales. La forma de estos nuevos movimientos constituían en sí un mensaje. Llamaba a no entramparse en la discusión de si lo que estaba apareciendo era o no un nuevo movimiento social. Era mejor reconocer la pluralidad de significaciones y de formas de acción que implicaban diferentes orientaciones. El espacio simbólico era múltiple y discontinuo. Las redes estaban compuestas por una multiplicidad de grupos sumergidos en la cotidianidad, y emergían para demandar algo puntual. Estos aportes los profundizó después en un libro. Anotó que los movimientos sociales eran construcciones sociales heterogéneas y frágiles, que los conflictos se iban concentrando más en lo individual, y que las movilizaciones ya no se preocupaban tanto por la producción y distribución de recursos. Los movimientos operaban como signos, como mensajes.

Destacó que estos movimientos nuevos eran redes invisibles de pequeños grupos sumergidos en la vida diaria. Y constituían retos simbólicos. El movimiento social no debía tener un sujeto unificado. Argumentó que se trataba de un concepto analítico que designaba una clase específica de fenómenos colectivos que contenían el reconocimiento mutuo de los actores de que eran parte de una unidad (solidaridad), el compromiso en un conflicto en la oposición con un adversario que perseguía los mismos bienes o valores, y que rompía los límites de compatibilidad del sistema.

Melucci se separó de la concepción de clases y lucha de clases, por un lado, y del intercambio y la decisión racional, por el otro. Prefirió verla acción como forma simbólica. Llamó la atención acerca de la latencia de la acción colectiva en las múltiples redes de la vida cotidiana. La acción colectiva de finales de la década de los ochenta la veía como realidades multidimensionales. Según él, los movimientos contemporáneos no estaban guiados por el sentido de que cumplían una misión universal, no tenían metas de largo plazo. Parecían nómadas que moraban en el presente.

Melucci anotó que los movimientos sociales y los partidos políticos eran dos formas de acción desarrolladas por los sistemas modernos. Los movimientos no podían ser encuadrados en la pura espontaneidad. Quebrantaban las reglas de juego. Propuso dejar abierta la pregunta sobre la naturaleza sistémica de los conflictos. Más recientemente, en la época de la planetarización, tenemos a la vista muchos datos, pero carecemos de instrumentos para una interpretación adecuada. Ha revisado su participación en la teorización acerca de los movimientos sociales y reconoce que ha contribuido a alimentar un malentendido. Afirma que el debate acerca de la novedad o no de movimientos sociales es inútil. El problema no está en su novedad o antigüedad, sino en la identificación de las formas de acción, que a finales del siglo XX ya no pueden ser explicadas en su totalidad en el cuadro de categorías de la sociedad industrial. Exhorta a dar un salto cualitativo en la utilización de conceptos. Ahora los nuevos movimientos se ocupan de cuestiones fundamentalmente planetarias, globales. Hay lógicas de dominación y múltiples construcciones de sentido que los actores fabrican ellos mismos gracias a los recursos de los cuales disponen. Los movimientos sociales nacen en el punto de juntura de esta construcción de sentidos y de la lógica de dominación al momento en que la construcción autónoma de individuos y de grupos es reprimida por políticas que intervienen en los procesos cotidianos.

Insiste en no buscar los movimientos sólo en las acciones manifiestas. El movimiento social se forma antes. Si los movimientos sociales no están, al menos en primer plan, constituidos por actores políticos o por sujetos históricos globales, sino por fenómenos compuestos de numerosos elementos diferentes y si su cualidad finalmente nueva consiste en volver visible y en permitir nombrar los dilemas fundamentales de la sociedad compleja, entonces el conocimiento por el que estos fenómenos nuevos son reconocidos y el lenguaje con el cual son nombrados son un componente importante. Según él, la pugna por la producción y reapropiación del significado parece constituir el núcleo central de conflictos contemporáneos. Prefiere el término de movimientos contemporáneos. Melucci ha recalcado que la fuerza de los movimientos está en su mensaje y no en el aparato. Previene en contra de la reificación tanto de la identidad como de los movimientos. Se trata, dice, no de cosas, sino sistemas de acción social. Estamos ante categorías

analíticas. Subraya que tienen que ver con los problemas de la vida social diaria que tocan lo más sensible de la cotidianidad. Melucci ha recalcado lo novedoso que resulta la observación de la experiencia cotidiana, la indagación acerca de la representación del espacio y el tiempo, también sobre la relación entre posibilidad y realidad. Ha tratado de conectar los movimientos sociales y las necesidades individuales de la sociedad contemporánea. Ha hecho ver cómo la identidad se restablece y se renegocia. Destaca que la identidad resulta un remedio en contra de la opacidad de las relaciones sociales. Refuerza su punto de vista de que los movimientos sociales son el área en donde los problemas de la vida cotidiana son experimentados en sociedad. Los movimientos tocan los más sensibles mecanismos de la sociedad en las formas de resistencia e innovación. Recalca que como profetas del presente los movimientos hablan antes..., anuncian un cambio que está próximo. Trascienden lo particular para hablar a todos. Los movimientos contemporáneos asumen la forma de redes de solidaridad con significados culturales, y eso es lo que los distingue de los actores políticos y de organizaciones formales.

Como ha proseguido la discusión acerca de "nuevos movimientos sociales", Melucci aclara que lo nuevo sigue siendo una categoría abierta; que los fenómenos colectivos emergentes no pueden ser tratados simplemente como reacciones a la crisis o por demandas contra la exclusión; son síntomas de conflictos antagónicos. Los nuevos actores todavía hablan con el viejo lenguaje, pero cambian la separación entre público y privado. En las sociedad complejas, el poder se ha hecho impersonal, las demandas colectivas no asumen la forma política. Insiste en que la noción de movimiento social es una categoría analítica referida a una específica acción colectiva que invoca solidaridad, hace manifiesto un conflicto que rompe con los límites del sistema y que en los movimientos contemporáneos adquiere una dimensión cultural.

LO DESTACABLE EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN

Como ha sucedido con conceptos muy utilizados en la sociología, en el de movimientos sociales no ha habido un acuerdo, y proliferan las definiciones. Giddens dice que los objetivos de los nuevos movimientos sociales son dispares y a veces opuestos entre sí, que hoy hay confusión e incertidumbre. Pero ante el interrogante de si se debe aceptar el mundo como es con todas sus injusticias, responde que hay que reparar solidaridades, reordenar la vida individual y colectiva reconciliar la autonomía con la interdependencia, lograr una política generativa que una al Estado con la movilización reflexiva en la sociedad en general. Se destaca que en la situación de la interdependencia mundial hay valores que no se pueden desdeñar, como son el de la vida humana y el derecho a la felicidad. Pero llama la atención sobre el hecho de que a veces los movimientos sociales son encabezados por demagogos, que pueden crear una identificación emocional y que propician formas totalmente diferentes a la propuesta de una democracia dialogante.

No hay término unificado para definir los movimientos sociales. Se hacen llamados para pensarlos de manera relacional como espacios donde se expresan y cristalizan identidades colectivas, como construcciones simbólicas. Se hacen precisiones para anotar que no nacen mecánicamente de la acumulación de

frustraciones sociales. Se insiste e que son una constante en la vida social y un fenómeno que no cesa de cambiar.

De estos procesos complejos no hay un saber definitivo. Se ha escrito que las vertientes funcionalistas, tanto en sus expresiones de derecha como de izquierda, hablan de movimientos sociales para caracterizar conductas contestatarias que ponen en cuestión el orden social y que son resultado de desfuncionamientos o de crisis de sistemas. Hay otras tradiciones deudoras de las conceptualizaciones de la teoría de movilización de recursos. Pero en los momentos de la globalización se ha visto que cada corriente destaca puntos de vista atendibles. Si los tratamientos clásicos de la acción colectiva estaban determinados por lo estructural o por la toma de conciencia, en los ochenta se destacó que dejaba de ser perceptible un conflicto central en la sociedad. Se cuestionó si lo que emergió (y luego se desdibujó) era catalogable como grupos de presión, cruzadas morales o verdaderos nuevos movimientos sociales. Se han ido estudiando éstos en torno a orientaciones culturales y normativas. Los movimientos sociales cambian a la sociedad al proporcionarle un modelo cultural alternativo, un orden moral para institucionalizarlo. Son acciones colectivas que tratan de defender estándares normativos intrínsecos en contra de desarrollo elitistas. Se ha subrayado que en cada una surge un movimiento específico, que los nuevos movimientos sociales tienden a forjar una autoimagen, a adoptar rasgos transfuncionales y a no pretender el dominio de la personalidad total de sus seguidores. Se van organizando en torno a uno o pocos temas y no proponen grandes programas.

Se planteó un debate que pronto se agotó en torno a si los nuevos movimientos (por ejemplo de mujeres) eran ya añosos, y si los llamados clásicos (obreros) eran más bien transitorios. Se ha llamado la atención en cuanto a que los nuevos movimientos son versiones contemporáneas de los contestatarios análogos a los del pasado. Hay llamados a la moralidad y a los sentimientos de justicia. Se recalcó el carácter antisistémico de movimientos con un potencial crítico grande y se pidió a los investigadores que tuvieran en cuenta los ciclos de los movimientos,. Se ha recordado que los movimientos característicos de la etapa industrial han sido los obreros institucionalizados en sindicatos y que los llamados nuevos movimientos sociales han traspasado las políticas institucionalizadas, que van más allá de los intereses clasistas. No se inscriben tanto en demandas totales, sino en cuestiones particulares; no se preocupan por el poder estatal ni por las instituciones; privilegian las nuevas formas de comunicación masivas. Se advirtió que la sociología clásica había reposado sobre el principio de la identidad del actor y del sistema, mientras que en los últimos tiempos s había caído en la cuenta de que el sujeto no se daba directamente, que aparecía cuando el actor no se podía reducir ni a sus roles ni a sus intereses. Se adujo que autonomía, resistencia, compromisos, solidaridades, conflictos, tenían que ver con los actores que construían capacidades retadoras. El sujeto es el resultado de una combinación conflictiva entre racionalización y subjetivización. Los fenómenos de fragmentación y anomia, ante todo, problematizan las tradicionales concepciones de movimientos sociales. Las identidades son inestables y cambiantes. Hay muchas dificultades para ubicar un adversario social central bien definido. Las sociedades se dualizan, por una parte y, por otra, se fragmentan. Las exclusiones aumentan. Hay ambivalencias inherentes a la estructura social. Hay un conjunto abierto de acciones individuales y colectivas que intervienen de manera autónoma sobre problemas variados.

Hubo quienes prefirieron tipificar los movimientos como populares, sociales y antisistémicos ante la creciente mundialización. Se hizo ver cómo viejos y nuevos movimientos se han colocado no sobre el terreno exclusivo de la conquista del Estado, sino en otra concepción del poder social. Se busca, más que el poder estatal, la autonomía. Muchos movimientos tienden a rechazar cualquier forma de autoritarismo. Se plantea un poder popular atravesado por la multiplicidad de intereses divergentes más allá de su convergencia antisistémica. Aparecen movimientos que reivindican la identidad comunitaria. Hay emergencia de movimientos culturalistas. No pierden su carácter antisistémico en cuando combaten deficiencias del sistema imperante. Mientras en los años setenta, los movimientos tenían cierto interés cultural con invocación a valores universales y prácticas locales y nacionales, en los últimos años se han centrado más en el aspecto ético y local, aunque también se han ido globalizando.

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y AMERICA LATINA

Además de los planteamientos hechos por Touraine sobre Latinoamérica, hay una gran cantidad de escritos e investigaciones en los que se trata de dar cuenta de cómo se han ido construyendo movimientos sociales en este continente. Hubo en los ochenta una esperanza de transformación a través de emergentes movimientos sociales. Los acontecimientos tuvieron que acotar estas expectativas. Entonces vino el cuestionamiento de si los nuevos movimientos sociales eran portadores de una nueva historicidad. Algunos prefirieron analizarlos como entramados simbólicos de la sociedad. Se destacó la posibilidad de nuevas formas de apropiación cultural. Parecía ser que los movimientos sociales de orientaciones más expresivas y simbólicas, como los etno-culturales, comunitarios urbanos, de género, de derechos humanos, etcétera, podrían tener un mayor potencial de expresar demandas de modificación institucional con importantes repercusiones sistémicas, mientras que otros con acciones orientadas a satisfacer necesidades puntuales de bienes materiales (obreros, campesinos, estudiantiles, entre otros) centrarían sus demandas de modificación institucional en el ejercicio o ampliación de sus derechos ciudadanos.

Se ha vuelto a precisar que no todo lo que se mueve en la sociedad es un movimiento social, que éste posee una estructura participativa como consecuencia de su propio objeto y experiencia de vida, organización y lucha, su propia temporalidad definida por su acción, formas en el espacio cultural y efectos sociales específicos como resultado de un campo de conflictos, que los nuevos movimientos cuestionan el poder concentrado. Los límites y las posibilidades de la emergencia de luchas populares se han estudiado en un contexto de heterogeneidad y fragmentación de intereses. Pese a que se ha escrito mucho sobre movimientos sociales, todavía hay la queja de que su teorización es débil. El concepto de Camacho sobre movimiento social sigue siendo útil para las investigaciones en América Latina. Camacho distingue entre movimientos sociales, populares y popular. Los primeros tienen que ver con una dinámica que se genera en la sociedad, orientada a la defensa de intereses específicos. La acción cuestiona las estructuras de dominación prevalecientes. La organización es indispensable. Hay movimientos sociales particulares y unificados. El movimiento popular se constituye cuando los movimientos populares confluyen dinámicamente en la lucha por transformar el orden social y terminar con la explotación. Si a esto se le añade lo relativo a la exclusión, el concepto mostrará utilidad actual.

NUEVAS PERSPECTIVAS

El mundo ha cambiado tanto y de forma tan radical que también las teorizaciones han sufrido corrimientos. Existe una profunda crisis ecológica, cambios en las formas de acumulación de capital, transformaciones con al revolución de la microelectrónica y la informática, cambios en las clases sociales, nuevas formas de dominación y exclusión.

Los cambios revolucionarios en las formas de producción, que se están operando como consecuencia del avance de la nueva revolución industrial, están modificando las reglas que hasta ahora imperaban en la sociedad capitalista. En el mundo que surge, en el que rápidamente irá desapareciendo la clase obrera y, con ella, el capitalismo tradicional que conocíamos basado en el mercado y en la mano de obra que funcionaba en él como mercancía (...)

Desaparecerá también la plusvalía en el sentido marxiano del término, Predomina una dictadura de los grandes consorcios transnacionales. Las clases sociales del futuro serán diferentes a las que estábamos acostumbrados a analizar. Gran parte del poder se ha ido concentrando en muy pocas manos. Las esperanzas de que los nuevos movimientos sociales contribuyeran a una rápida y sólida democratización se han ido esfumando. No obstante, en este convulso panorama han ido apareciendo y reformulándose nuevos movimientos sociales. Hay construcción de identidades en contra de explotaciones y exclusiones, así como constitución de otro tipo de actores colectivos. Sin duda, hay incertidumbre sobre lo que es la nueva sociedad. Un futuro mejor para las mayorías se ve muy difícil. Prevalece la manipulación de medios y mensajes. Las organizaciones que antes funcionaban, ahora ya resultan inoperantes. Se llama a examinar no sólo por qué surgen y cómo se constituyen los movimientos sociales, sino cuáles son sus impactos (tanto internos como externos). Habría que calibrar cómo los movimientos combinan lógicas instrumentales y de identidad. La planetarización cambiará el papel de los estados y también de los movimientos. Los últimos se han ido formando aprovechando las estructuraciones de la sociedad en redes y flujos nuevos.

Si bien no hay un impulso centralizador, en la globalización emergen una gran cantidad de demandas que tienen que ver con la imposición de normas económicas y políticas provenientes de núcleos transnacionalizados y concentrados de poder. No se ha articulado una lucha frontal en contra de la denominada política neoliberal que ha aumentado la pobreza y la exclusión, pero aparecen muchas modalidades de demandas susceptibles de encontrar convergencias. Estas no serán comandadas por un sujeto histórico, vanguardista y portador de misiones históricas, pero en las confluencias reticulares se irán fraguando sujetos y movimientos que pugnen por transformar la situación opresiva. Habría que tener en cuenta que si no es perceptible un sujeto retador único por parte de los depauperados, el núcleo poderoso mundial, aunque inasible por ahora, se encuentra ubicable. Las defensas de los intereses de los de abajo están desarticuladas, pero se van constituyendo conjunciones por redes en áreas

específicas. La movilización no es general, pero las minorías activas se multiplican y son muy imaginativas en cuanto a lograr protestas simbólicas que impacten. Han sabido utilizarlos medios y las formas de la misma globalización. Mientras la vida misma del planeta esté amenazada y la supervivencia y la dignidad de millones de seres humanos se encuentren en peligro, las posibilidades de emergencias de movimientos sociales de nuevo cuño se multiplicarán. Un ejemplo de esto lo constituyen las nuevas redes de los llamados organismos no gubernamentales.

La clásica relación entre lo objetivo y lo subjetivo no puede desdeñarse. La visión estructuralista extrema de sistemas sin sujetos no ha podido resistir el examen desde al acontecer de la historia. Las percepciones historicistas e iluministas también se han ido abandonando. Los acercamientos desde los voluntarismos transformadores se han estrellado contra los extramados mutantes de sistemas de dominación. Las definiciones maximalistas y puristas, deudoras de modelos de las grandes revoluciones políticas en el marco de la segunda revolución industrial, ya no operan en el contexto de las modificaciones de un profundo y estrujante cambio de época. No obstante, las conceptualizaciones simplificadoras alentadas por el llamado posmodernismo tampoco están aportando elementos para entender lo que sucede. Los sistemas se reformulan. Hay actores que entienden que los cambios deberían ir en el sentido del beneficio de las mayorías. Van percibiendo que su actuación no puede desarrollarse sino condicionada por lo sistémico. Pero también han ido analizando que esos sistemas tampoco son perennes, y que su pujanza no equivale a que sean imbatibles. Las clases se han trastocado, han aparecido otras formas no imaginadas; pero lo clasista, aunque no defina todo el espacio social, prosigue. Los estados nacionales se debilitan y son acotadas por la mundialización. No obstante, persiste, aunque en otros términos, la dialéctica entre gobernados y gobernantes, entre productores y consumidores, demandantes de bienes por el hecho de ser humanos y los que gozan y abusan de bienes esenciales para la vida.

El pulular de lo popular, sus enraizamientos y latencias en la vida diaria apuntan hacia las posibilidades también de nuevos movimientos sociales acordes con las modalidades de la actualidad. Lo que es sintomático es que, aunque formas ya ensayadas de movimientos sociales puedan debilitarse y aun desaparecer, hay un continuo emerger de ensayos de expresión. Esas pulsiones demandan penetrantes análisis. Se requiere una redefinición de lo que constituye un movimiento social. Las fragmentaciones no han impedido la búsqueda de articulaciones reticulares desde debajo de la misma sociedad. Hay condiciones de que emerjan convergencias. La discusión que se ha ido dando es base para avanzar. Se tiene que llegar a un concepto analítico y no reificador. La médula antisistémica parece que no puede dejar de existir. Es indispensable saber descubrir los impulsos libertarios. El estudio no puede contentarse con un corte sincrónico. Esto puede conducir a errores. Hace falta ver los procesos. Si bien no está garantizada ni la emergencia, ni menos la seguridad de su éxito, la constitución de un movimiento popular de nuevo tipo parece factible. Habría que percibirlo en sus actuales tímidas expresiones. Si se han agotado tácticas anteriores, aparecen innovadoras y simbólicas formas de lucha. Estas no se circunscriben a sólo soluciones puntuales. Las redes van concientizando sobre la necesidad de búsquedas más globalizadoras, acordes con la época. La continua formación de actores colectivos apunta hacia formaciones de posibles movimientos sociales que puedan responder a lo que se ha ido estructurando a finales del siglo XX.

